

Duelo, trauma e identidad: una aproximación narrativa a las víctimas secundarias de la violencia delincencial en Caracas

Francisco Sánchez

Tachirensis. Cursó estudios en Ciencias Políticas en la Universidad Católica del Táchira y en Psicología en la Universidad Católica Andrés Bello. Actualmente se especializa en Psicología Clínica-Comunitaria de la misma casa de estudios. Es profesor de la Escuela de Psicología de la UCAB. Entre sus intereses de investigación destacan el trabajo en el campo de los conflictos sociales, como el caso del conflicto armado en la frontera colombo-venezolana y las vivencias en comunidades populares del país.

Joel Guzmán

Psicólogo de la Universidad Católica Andrés Bello, cursante de la Maestría en Psicología (mención Psicología Social) de la Universidad Simón Bolívar. Actualmente investigador en el Centro de Investigación y Evaluación Institucional de la Universidad Católica Andrés Bello y consultor en investigación de mercado en la empresa "Ethos: estrategias culturales".

Resumen

Ante el recrudecimiento de la violencia letal en Venezuela, específicamente la denominada violencia delincencial, el presente trabajo tiene como finalidad conocer la experiencia de pérdidas de hijos y familiares en este contexto. Partiendo del análisis temático realizado a cuatro entrevistas en profundidad, donde se contó con la participación de tres madres de una comunidad popular de Caracas cuyos hijos fueron asesinados, se cuestionó sobre los cánones teóricos dominantes respecto a fenómenos como el duelo, el trauma y la identidad. Encontrando que ante tal vivencia, dichos fenómenos no se caracterizan tal y como suelen presentarse en las nociones teóricas tradicionales; sino como vivencias que se van a constituir desde narrativas personales, donde a pesar del tiempo, el duelo se encuentra aún presente, el trauma recrudecido y la identidad trastocada.

Palabras clave: violencia delincencial; narrativa; impunidad; víctimas secundarias; duelo; trauma; identidad.

Grief, trauma and identity: a narrative approach to the secondary victims of criminal violence in Caracas

Abstract

Given the upsurge of lethal violence in Venezuela, the purpose of this article is to share the experience of loss of sons and family, in three women from barrios in Caracas. Based on a thematic analysis of four in-depth interviews, we argue that this experience of loss, transforms the experience of living. In our research, we questioned traditional theories about loss, trauma and identity. The mainstream theory does not fit with the findings of this research, since the subjects build a narrative in which the mourning is a long-term process, trauma is present every day and the identity is disrupted.

Keywords: delinquent violence; narrative; secondary victims; loss; trauma; identity.

Introducción

El presente trabajo es una invitación a la reflexión y a la visibilización de testimonios y vivencias propias del mundo popular venezolano, partiendo del análisis temático realizado a cuatro entrevistas en profundidad, llevadas a cabo a tres madres de una comunidad popular de Caracas. Encontrando que las pérdidas de sus hijos, a pesar de haber ocurrido hace al menos diez años, continúan impunes y su vivencia se re-actualiza.

Para ilustrar los casos en cuestión, nos disponemos a describir brevemente a las participantes: en primer lugar, encontramos que a María (la única de ellas que fue entrevistada en dos ocasiones) le han asesinado sus cinco hijos varones; por su parte, a Antonia, le asesinaron a su primogénito las fuerzas de seguridad del Estado; y a Teresa, le asesinaron a sus dos hijos varones en el mismo momento y lugar¹.

El objetivo de la investigación que sustenta el presente trabajo fue aproximarse, desde una postura narrativa, a la vivencia subjetiva de estas madres, con el propósito de realizar una comprensión sobre su vivencia personal del duelo; hacer visibles las implicaciones traumáticas de ser una víctima secundaria de la violencia; y acceder a las posibles transformaciones de su identidad como madres. En conjunto con esto, el enfoque asumido para aproximarse a las madres parte de lo estudiado por Huggins (2006), en donde las denominadas víctimas secundarias, son todas aquellas personas que viven la violencia de modo indirecto; indicando la mencionada autora, que en su mayoría son las madres y esposas de los jóvenes asesinados en el país.

La dinámica de la violencia en Venezuela, independientemente de su tipología: sea estructural; interpersonal; delincriminal, sigue en aumento así como continúa en declive la capacidad del Estado, y su uso legítimo de la violencia, para contrarrestar la escalada de la misma en los últimos tiempos. En un estimado de los últimos 30 años, las cifras muestran un aumento exacerbado en la tasa de homicidios del país, la cual se encontraba en el año 1985 en 9 fallecidos por cada 100.000 habitantes; mientras que en el año 2016, llegó a alcanzar un alarmante monto de 91,8 muertes violentas por cada 100.000 habitantes (Briceño-León, 2012; Observatorio Venezolano de Violencia (OVV), 2016).

Estas muertes, tal y como reflejan los testimonios de María, Teresa y Antonia, presentan la cualidad de ser homicidios cometidos por hombres jóvenes cuyas víctimas son también hombres jóvenes, dándose estos asesinatos con mayor frecuencia en las zonas populares del país (Zubillaga, 2005; Moreno, 2006). Ahondando más en estas cifras, en el último informe publicado por la asociación venezolana CECODAP (2016) (Centros Comunitarios de Aprendizaje por los Derechos de la Niñez y la Adolescencia), logra verse cómo “durante el año 2016 se analizaron 18.802 noticias, que reflejan un incremento de 52% en casos sobre violencia contra niños, niñas, al pasar de 6.455 en el año 2015 a 9.807, de las que 49.27% corresponde a violencia social² (p.5).

Si bien el dato estadístico es crucial para comprender las implicaciones de la violencia en la subjetividad de los afectados [víctima y victimario], deben entenderse los numerosos factores vitales que se entrecruzan para llevar a cabo el acto violento o lesivo. En este ámbito, Antillano y Zubillaga (2014), Zubillaga (2005) y Briceño-León y Zubillaga (2001) han destacado la relevancia de comprender la violencia: desde nuestras condiciones sociales; entendiendo la

¹ Los nombres de las entrevistadas fueron modificados por respeto a la confidencialidad; además de no poner en riesgo su integridad debido a los testimonios narrados. Las entrevistas fueron realizadas en el 2016.

² En este informe expuesto por CECODAP (2015), la violencia social es conceptualizada como un conjunto de “actos que tienen origen en la sociedad y en la mayoría de los casos se manifiesta de modo interpersonal, en donde se pone en riesgo la integridad física, psicológica, económica y/o moral de las personas” (p.3)

precariedad en la institucionalidad; comprendiendo el aumento de la exclusión y la pobreza, y destacando la facilidad de la adquisición de armas de fuego. Juntando estos aspectos, se invita a la problematización del fenómeno, dejando de lado las nociones clásicas que buscan un núcleo concreto del origen del problema.

En el caso venezolano, otro elemento entra en juego para otorgarle a la violencia un carácter circular y cíclico: la impunidad. Actualmente se ha observado cómo la impunidad ha ido acrecentándose progresivamente. Según el OVV (2011) en 1998 de cada 100 homicidios se detuvieron a 110 sospechosos, mientras que, en contraste, en el 2009 por cada 100 homicidios sólo se detuvieron a 9 sospechosos.

En relación con esto, la impunidad es un fenómeno que parece seguir su propia lógica. “La impunidad es crimen” indica Moreno (2015), con esto, intentando hacer visibles los elementos que componen este complejo fenómeno. Desde la visión de la presente investigación, interesan primordialmente tres perspectivas para entender la lógica del fenómeno de la impunidad.

Inicialmente, la primera perspectiva consiste en entender la impunidad desde la visión y consecuencias para una persona en su individualidad. Para Vetenhcourt (2009) la impunidad trae un conjunto de consecuencias psicológicas para el individuo, en este sentido, es entendida como un proceso que no tiene “cierre” o que deja aspectos psíquicos “abiertos”. Tenemos así que, entre los principales efectos están: fomento de la venganza personal, incentivando el tomar la ley por sus propias manos; estados de angustia generalizada, miedo, inseguridad; conductas de violencia defensiva y la pérdida de la “fe en la ley” (pp. 167). Tal como señala el autor mencionado, la impunidad es un condicionante de la salud mental del individuo.

Una segunda perspectiva, consiste en vislumbrar las implicaciones culturales y comunitarias que se derivan de la instauración de la impunidad como estamento de la convivencia. En este sentido, Lykes, Beristain y Cabrera (2007) hacen mención al “clima del miedo”, es decir, una situación generalizada en donde las personas que han sido víctimas de violencia o violaciones a sus derechos humanos, sienten una disminución del control sobre su propia seguridad e integridad. Además de relacionarse con los efectos psicológicos individuales ya mencionados, dicho “clima del miedo” se deriva en la ruptura de “las relaciones interpersonales, fracturas comunitarias, instituyendo el miedo y el terror” (pp. 371).

Para Beristain, las vinculaciones en estos contextos se verán matizadas por respuestas emocionales generalizadas de las personas, que incluyen: “miedo y tristeza, enojo y dolor” (Citado en Lykes, Beristain y Cabrera, 2007).

En relación a la tercera perspectiva, tenemos lo expuesto por Romero y Rujano (2007), donde se enfatiza que la impunidad, o ausencia del castigo, no solo variará en función del contexto socio-económico y cultural, sino también en función de la tenencia y manejo del poder que se posea, topándonos diariamente con situaciones en las que, los crímenes de violencia letal en contra del ciudadano común no encuentran cabida en el sistema judicial, pero los delitos cometidos a figuras de poder se solventan con gran celeridad.

Las madres entrevistadas han vivenciado las pérdidas de sus hijos, en medio de una cotidianidad que se encuentra inmersa en el contexto descrito. Como veremos, la vivencia del duelo, la presencia del trauma y la constante dilatación de su identidad presentan matices que integran su subjetividad, su vivencia de lo comunitario y las dinámicas del país.

Duelo

Partiendo del análisis a los textos producidos en las entrevistas en profundidad, se pudo comprender que la vivencia del duelo, entendido como un fenómeno que involucra lo intrapsíquico y lo comunitario, presentó particularidades que no suelen estar relacionadas con la literatura clásica sobre dicho fenómeno.

Un ejemplo de ello, son las nociones teóricas que han demostrado ser de mayor utilidad para el abordaje del duelo. Aquí, tenemos lo expuesto por Kubler-Ross (1972), con su clásico y conocido estudio sobre las etapas del duelo, en el que la vivencia de este fenómeno se dará en determinadas etapas: negación y aislamiento; ira; negociación/pacto; depresión y aceptación. Junto con esta noción del transitar por etapas está lo expuesto por Bowlby (1989), quien parte de la teoría del apego, y concibe la vivencia del fenómeno del duelo como una que atraviesa los siguientes momentos: el aturdimiento, el anhelo y búsqueda, la desorganización y desesperación, y por último la reorganización.

Las mencionadas nociones teóricas, y sus derivados en la praxis, mantienen en común la idea subyacente del progreso, en el cual las personas van a transitar por las etapas de modo lineal y continuo, considerando entonces cualquier signo de estancamiento como un indicio de un duelo patológico o complicado (Herrero y Neimeyer, 2007; Gil-Juliá, Bellver y Ballester, 2008).

En otra línea de ideas, se encuentra el clásico ensayo de Freud (1917/1993), estudio pionero sobre el fenómeno. En donde, si bien se entendía al duelo como una acción puesta en marcha ante la pérdida de un ser [objeto] amado, el valor de dicha teorización también yace en comprender que el duelo surge por una privación impuesta por la realidad. Junto con esto, Freud (1917) va a resaltar el profundo sufrimiento propio de lo que es considerado como una experiencia profundamente humana. Así, para Yoffe (2013) la noción freudiana del duelo va a tener un matiz intra-psíquico y personal, limitando esto, de alguna manera, las nociones que abogan por una vivencia del duelo en sentido comunitario [véase lo teorizado por Judith Butler].

Si bien es un ejercicio vital la discusión teórica en torno a lo intra-psíquico-comunitario, o lo temporal atemporal, las nociones de corte narrativo se centrarán en otro debate. Tal y como exponen Herrero y Neimeyer (2007), Neimeyer, Holland y Currier (2006), Neimeyer, Burke, Mackay y Van Dyke, (2009), Bolívar y Domingo (2006), el sufrimiento originado por la pérdida de una familiar, más aún en las condiciones ya mencionadas, conllevará a que la persona busque *re-organizar* y *re-significar* sus experiencias vitales y narrativas personales. Partiendo de esta comprensión, la persona se verá envuelta en lo que los autores destacados denominan la “búsqueda de sentido”, como uno de los modos de reconstruir la narrativa personal y encontrar una “percepción de bienestar”.

Dirigiendo el análisis hacia una comprensión narrativa de las entrevistas, se encontraron diversos temas en torno a la vivencia del duelo por parte de las madres, entre los cuales se destacarán dos por su relevancia para el presente trabajo: *esperanza y desesperanza: el movimiento de un duelo pendular* y *el duelo por el asesinato de un hijo* ¿una herida siempre abierta?

Esperanza y desesperanza: el movimiento de un duelo pendular

Yo tenía la esperanza que de repente yo haciendo esas cosas [llevar el caso a juicio] yo los iba a volver a tener... tenía como esa angustia... y al final yo me quedé sola en ese tribunal así tipo película, yo veía pa' atrás, pa'lante: “¿y dónde están?, ¿dónde están mis hijos?”... No estaban (Teresa)

La pérdida del hijo en las condiciones ya enunciadas constituye, para estas madres, el origen de numerosos cuestionamientos: sobre sí mismas; sobre su lugar en el mundo; sobre si hicieron bien, o no, sobre su rol como

madres. La pérdida no se olvida, ya que no hay posibilidad de acceder a este tipo de alivio. Se vuelve una y otra vez sobre la pérdida. La imagen de un péndulo nos ayuda a acercarnos a la experiencia del duelo de las madres. Su movimiento, así como el proceso de duelo de las madres entrevistadas, consiste en el constante oscilar entre la esperanza y la desesperanza.

En el plano de la esperanza vamos a entender todos aquellos espacios y relaciones que han podido significar alivio en su sufrimiento. El alivio luego de una pérdida de tal magnitud para sus vidas, no será recuperar lo perdido, sino re-elaborar su propia vida a partir de la pérdida. Podemos observar aquí cómo la religión y los movimientos comunitarios han sido espacios de esperanza para estas madres en medio de su duelo, tal y como nos narró Teresa:

Bueno, hoy en día yo le doy gracias Dios porque vino una muchacha, ella vino de México y se quedó un tiempo en Portillo, yo digo que fue enviada de Dios, ¿verda? El señor la usó a ella... y mira qué lindo... ella me empezó a hablar de la palabra...

Después volvió, fijate la maravilla de Dios, ella volvió y me dijo que hiciéramos una oración... y allí fue cuando yo acepté a Dios como mi salvador... y ellos empezaron a orar por mí, luego me llevaron a la iglesia...

En una línea similar, Antonia nos deja ver de dónde puede ella “agarrarse”:

Porque estoy clara. Nosotros siempre hemos sido así. No estamos ocultando cosas. O será porque soy evangélica. A lo bueno, bueno; y a lo malo, malo. Porque si te digo que no, Dios está allí. Y es la única manera que siento que Dios me apoya. Cómo voy a decir que no sabiendo, y todo el mundo sabiendo que eso es así. Mira, mi papá fue un hombre muy popular. Un hombre muy querido, sincero... nosotros siempre hemos sido como los bobos, los sinceros. Nos han tirado bastante, y siempre terminan necesitando algo, o terminamos siendo los solidarios.

Para Teresa, el acercamiento a experiencias religiosas significó apoyo y escucha, aspectos con los que, según su propia percepción, no contaba antes de ingresar a la iglesia evangélica. Este acercamiento es visto como esperanza ya que le ha brindado la oportunidad de acceder a experiencias que le puedan aliviar su sufrimiento. Así, en su modo de contar su historia, desde la entrada al mundo cristiano-evangélico ha sentido que su vida puede tener algún sentido.

En el caso de Antonia, su acercamiento al plano de la esperanza se puede ver desde lo religioso y desde lo comunitario. Ella formó parte de Comisiones de Paz, iniciativa que estuvo cronológicamente cercana a la pérdida de su hijo. Para ella, formar parte de las comisiones fue una protesta en contra de las condiciones que pudieron propiciar la muerte de su hijo. Así mismo, ella atribuye su claridad para precisar aspectos de la realidad (afectiva y vincular) al hecho de pertenecer a su religión. Ambos elementos, lo comunitario y lo religioso, se van a relacionar con la re-significación de su historia luego de la pérdida de su hijo.

En el plano de la desesperanza, encontramos en gran medida muchas de las anécdotas narradas por María:

Pero yo se lo tengo que decir, porque yo sé que dentro de aquí queda y ya. Pero eso fue un desastre mijo, y de ahí fue, por mi hijo, fue que surgieron todas aquellas cosas que me quitaran mis otros hijos digo yo, porque mis hijos los mataron sin ser malandros, sin ser malandros... mis hijos no eran malandros, ninguno, Alberto trabajaba, el niño que tenía 15 años 16 años él estudiaba, fue a llamar por teléfono allá arriba en la esquina y en la esquina pasaron unos chamos en un carro, se bajaron y lo tirojaron, de un carro taxi un carro en que andaban, y ahí lo... porque la gente vio cuando lo mataron, lo tirojaron.

FRANCISCO SÁNCHEZ Y JOEL GUZMÁN

Desesperanza para estas madres incluye lo impredecible de su entorno y la imposibilidad de recuperar a sus hijos asesinados. Para María es inconcebible la muerte de sus hijos sin un móvil, tal como ella lo indica “no eran malandros”. Esta desesperanza no solo hará su entorno complejo, sino también limitará el acceso al alivio y la tranquilidad en su vida. No solo tendrá que ver con la muerte de sus hijos, esta desesperanza permeará toda su narración. Para María, el duelo ha significado retraerse de toda vivencia de lo comunitario, disminuyendo así sus posibles conexiones y vínculos con otras personas e instituciones comunitarias.

En los testimonios encontrados, se observó que el duelo de las madres es un constante ir y venir. No existe la certeza de que permanezcan en algún plano o polo de su movimiento constante.

El duelo por el asesinato de un hijo ¿una herida siempre abierta?

Al intentar comprender el duelo como una herida, se nos hacen presentes algunos modos de construir las narraciones que aluden a cómo dicha herida ha sido producida y cómo continúa su consecución.

Sobre la construcción de la narración, en base a la cual entendemos el duelo, es pertinente destacar tres marcadores que nos servirán de guía para la comprensión de la herida. El primer marcador consiste en comprender cómo integran las madres a los asesinos de sus hijos en las narraciones; el segundo marcador es la cronología del proceso de duelo que viven las madres y, por último, el tercer marcador nos devela las posibles consecuencias de mantener abierto un proceso de tales implicaciones.

Así, como primer marcador encontramos que, de las tres experiencias a las cuales tuvimos acceso, solamente en una, la de Teresa, el agresor o victimario es concebido como un personaje dentro de la narración:

...mira, como será tan grande lo que el señor hizo en mi vida, que me puso a amar al hombre que me quitó a mis hijo, el señor me enseñó a amar... yo no me bañaba, me enflaqué... este cabello se me puso blanco fue en ese tiempo... claro, yo tenía canas, a veces digo que las canas no son tanto vejez, sino lo que uno pasa... F: la puso a amar al hombre... Teresa: sí, y un día... yo me enteré que el hombre había salido en libertad... y yo que quería ir a verlo, para decirle... para decirle que lo perdonaba (su expresión facial cambia, también su postura, se acomoda en la silla... se dirige más hacia mí) quería decirle que lo perdonaba...

Ante la calamidad y la notable inconmensurabilidad del arrebato de un hijo “a bala” (como bien lo expresa María), dichas madres no culpan al asesino ni lo integran con alguna carga afectiva determinada (elementos que denoten odio, rechazo, deseos de que desaparezca). Incluso en la narración de Teresa, tal y como se observa en el fragmento anterior, a pesar de nombrar al asesino, él pasa a ser una persona que debe recibir el perdón de ella como madre; sospechando que esto, posiblemente, signifique para ella aproximarse a una experiencia que la movilice de la realidad en la cual está sumida, es decir, la desesperanza en su vida diaria.

En el caso de María tenemos el siguiente extracto de su narración:

Entonces dicen que aquel no lo mató, que lo mató fue estos por la balacera, la tirando tiros que estos fueron los que lo mataron a él, pero una sola bala. Mis hijos cada uno recibió una sola bala, todos mis hijos fue una sola bala que los mató; mi hijo el primero porque fue el pulmón, el seg... el de 16 años de aquí en la esquina fue el pulmón también que le dieron una bala, él lo mató fue el pulmón también; mi hijo el de la muchacha de este tipo el que lo mató el primo, fue porque fue en la femoral, le dio en la femoral y me lo mató, no se

salvó de la femoral; y Albertico, porque fue que le entró la bala por el... aquí atrás la espalda (se señala la espalda), que dios me cuide de este lado.

Se observa nuevamente cómo no hay mención a un agresor o victimario. A modo genérico se nombra “la bala” como principal culpable de sus muertes. La no incorporación de este imago (McAdams, 2001) significa dejar de lado en su narrativa el causal de la herida; con esto, la historia pierde el hilo coherente. La herida, como analogía del proceso de duelo, debe tener un ente o agente causal. Las madres no se ocupan de éste, lo dejan ir, lo evaden, lo ignoran, lo niegan; no existe para ellas manera alguna de incorporarlo a su narración.

Como segundo marcador, encontramos la cronología del proceso de duelo de las madres. Suponer que el duelo es una herida abierta, implica dirigir la mirada a cuánto tiempo tienen las madres viviendo el duelo, ya que, es esperado por las teorías clásicas que dicho fenómeno tenga un cierre en un determinado periodo de tiempo.

Si bien cada caso es único, encontramos que todas las madres tienen en común que sus duelos tienen al menos 10 años. En el caso de María, madre cuyos cinco hijos fueron asesinados, el último asesinato ocurrió aproximadamente en el 2005; por parte de Teresa, sus hijos fueron asesinados aproximadamente en el año 2000; por último, Antonia, su hijo es el asesinato más reciente, ocurrido en el año 2006.

En las entrevistas, fueron notables las reacciones de desesperanza, sufrimiento, dolor y, en muchos casos, de no aceptación de las muertes. A pesar del tiempo transcurrido, las madres aún cuestionan si estos eventos ocurrieron o recuerda las pérdidas en cada ámbito de sus vidas, tal y como comenta Antonia:

A veces quiero otro trabajo, porque en ese me da mucho tiempo de pensar, y todos los días recuerdo algo... esa recordadera me mata...

El sufrimiento es vivido como parte de su cotidianidad; el duelo se encuentra aún presente. Así, como destacan Neimeyer (2006), Neimeyer, Herrero y Botella (2006) y Neimeyer, Burke, Mackay y Van Dyke, J. (2009), la comprensión de procesos de duelo complejo con implicaciones traumáticas, amerita cuestionar los tiempos en que estos se desenvuelven. Dado que son pocos los recursos con los que cuentan estas madres para desarrollar procesos de elaboración diferentes a los que han construido, el tiempo se convierte en un indicador importante de cómo está constituido el duelo.

Junto con la cronología de sus duelos, se encuentra el tercer y último marcador: las implicaciones de un proceso de duelo abierto. Aquí, se relacionan los factores personales y los factores comunitarios, ya que, las pérdidas vividas como “heridas abiertas” entran a ser parte del día a día, no solo de las madres, sino también de todos aquellos que las rodean. Como muestra de esto, tenemos el trabajo elaborado por Zubillaga, Llorens, Souto y Núñez (2013) en el cual, como parte de la comprensión de la dinámica de la violencia, se encontró cómo los discursos de asesinatos de familiares, narrados por las madres a hijos, sobrinos y nietos, los influenció a través de una “transmisión generacional”. Dicha transmisión está compuesta por matices de odio, rencor y venganza, siendo estas emociones, cogniciones y conductas producidas por el sufrimiento cotidiano. Pasa entonces a convertirse, para los herederos de estos discursos, en un marco interpretativo que “conduce las lógicas que producen los enfrentamientos” (p. 132)

Entendemos así que la comprensión de la herida no puede ser aislada de la perspectiva comunitaria. Si bien los vínculos de estas madres con su entorno les pueden significar otras posibilidades para elaborar sus duelos, es notable que la herida permanece abierta, logrando trasladar el sufrimiento más allá de lo individual para convertirse también

en un discurso comunitario o vecinal. Así, de las entrevistas realizadas por Zubillaga, Llorens, Souto y Núñez (2013), una de las madres indica:

...ciertamente hasta las mismas madres sin querer le transmiten el odio a los chamos ¿Por qué? Me matan a mi hijo y yo con mi dolor no me doy cuenta de lo que tengo alrededor y lo que puedo arrastrar, sino que empiezo: “Vi al tipo que mató a mi hijo, vi a la hermana del tipo y me hizo tal cosa” (...) y por allí el muchachito va creciendo lleno de odio y cuando ya tiene una edad más o menos, la mente que lleva es: voy a vengarme (p. 132).

Estos marcadores reflejan la enorme cantidad de energía y recursos psíquicos que ha movilizadado la herida. Mostrándonos también la complejidad con que puede presentarse la vivencia del duelo para una madre del contexto popular venezolano, anexando, entre otras cosas, las demás connotaciones de la actualidad venezolana que ya hemos mencionado. Junto con la vivencia del duelo, también observaremos las implicaciones traumáticas del asesinato de un hijo “a bala”, tal como lo han dejado claro los testimonios de las madres entrevistadas.

Trauma

Continuando con el referente de Zubillaga, Llorens, Souto y Núñez (2013), la comprensión de la vivencia comunitaria, y del dolor que padecen las víctimas de la violencia, entre las cuales encontramos las víctimas secundarias, pasa por entender que el sufrimiento es ocasionado por la vivencia de experiencias traumáticas; en este caso: la pérdida de un hijo. Así, la comprensión del trauma en contextos populares necesita de visiones que integren las complejidades propias del lugar.

Adentrándose en esta particularidad, Herman (2004) va a elaborar consideraciones en torno al trauma en donde la perspectiva clínica se entrelaza con visiones sociales y críticas, intentado acercarse a lo complejo que resulta la comprensión del trauma. Esto se puede evidenciar en la definición de trauma que la autora propone, al indicar que el trauma es “la aflicción de los que no tienen poder” (p. 63).. En este sentido, Herman (2004) nos invita a considerar los elementos políticos detrás de tal “aflicción”, anexando además la noción de víctima: “en el momento del trauma, la víctima queda indefensa ante una fuerza abrumadora” (p. 63), dejando entrever que tal indefensión supone un acto violento que la ocasiona.

A pesar de destacar tal elemento, Herman (2004) no deja de lado las consideraciones intra-psíquicas, y en su especificación sobre el trauma indica: cuando el trauma es originado por eventos de la naturaleza, se habla de “desastres”. Por su parte, cuando el evento traumático es originado por acción de otro, se habla de “atrocidades”.

Las “atrocidades” tendrán relación con lo teorizado por Martín-Baró (2003). En su trabajo resalta la crítica a las posturas que se centran en definiciones intra-psíquicas. Si bien no reniega la utilidad que éstas pueden tener, para el autor resulta necesario cuestionar la idea de que el trauma es una experiencia vivida individualmente, y que, por ende, puede ser entendida mediante el estudio del sujeto como un ente aislado sin consideración de su contexto político e histórico. En la propuesta de este autor destaca la comprensión del trauma como un fenómeno de naturaleza psicosocial y dialéctica, el cual debe ser comprendido en función de los sucesos sociales que desembocan en la ocurrencia del acontecimiento traumático, sin dejar de lado las relaciones sociales y comunitarias que se encuentran implicadas entre las causas y los determinantes. Para Martín-Baró (2003) entender las consecuencias de las “atrocidades” implica indagar en lo que para él es el “trauma psicosocial”.

El “trauma” psicosocial” en la vida de una persona, puede traducirse en una experiencia donde “se produce la vivencia de un espacio amenazante e inhospitalario, del tiempo cargado de angustia, del otro como potencial enemigo y se tiene la sensación de exposición personal, y por tanto, de mayor fragilidad corporal” (Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, ODHAG, pp. 85). Así, junto con esta particularidad de la experiencia subjetiva, la narrativa de la persona se encontrará inmersa en un conjunto de factores entre los cuales destacan: heridas individuales; miedo e inseguridad; distorsiones cognitivas y normalización de la violencia.

Una vez introducidos en el contexto venezolano, resulta inevitable preguntarse por las implicaciones de la vivencia de la víctima secundaria sobre la narrativa personal. A través del análisis a las entrevistas se pudo encontrar que en los testimonios de las madres, sus significantes y significados se vieron interpelados por la realidad que viven. Esta realidad es la *del trauma y comunidad e impunidad y re-traumatización* como dos temáticas constantes en los testimonios.

Trauma y comunidad

FRANCISCO SÁNCHEZ Y JOEL GUZMÁN

Fue algo bastante impactante, veo a mis dos hijos ahí tirados, bañados en sangre todos... y yo de momento no entendía nada, yo decía: -¿Pero qué es esto, pero qué pasa?... empecé a pedir ayuda, que me ayudaran a recogerlos, nadie me ayudaba, no entendía nada, yo me le guindaba a la gente, y la gente era como zombie, no hacían nada... (Teresa)

Después mira, cuando mi primer hijo le pasó lo que le pasó yo me retiré de la junta de vecinos, yo dije: “no participo más”. Hablé con con... con todos ellos, le dije: “no participo más” y ellos me dijeron que estaba de acuerdo, que si yo algún día quería volver, bueno... era bien recibida, pero... no, ya, te digo... no he vuelto a participar en eso (baja el tono de voz) (María)

Con respecto a los vínculos comunitarios, se observa como la vivencia de la pérdida de sus hijos marca un antes y un después en la vida de María y Teresa. En este sentido, cobra vigencia lo retratado por Martín-Baró (2003) y Herman (2004) al indicar que las “tragedias” sociales conllevan al alejamiento de las personas de sus entornos inmediatos. Esto es relevante ya que la posibilidad de vinculación, según los autores mencionados, puede ser un factor que contribuya al descubrimiento de otros aspectos de su vida, es decir, a la re-significación de su propia narrativa. Para Herman (2004), las mujeres deben encontrar límites a su tragedia personal, para lograr trascender la vivencia absorbente de la muerte en tales condiciones, el modo de encontrar estos límites es a través de lo comunitario. Este malestar propio del retraimiento puede observarse en la desorganización con que las madres presentan sus testimonios; desorganización en cuanto a los tiempos, fechas sin mencionar, personajes ausentes y lugares imprecisos.

Por otro lado, la vivencia de Antonia presenta otros matices. Como ya se hizo mención, ella participó en Comisiones de Paz en su comunidad, lo que posiblemente contribuyó a que accediera a otro plano del “sentido de sí” y de la significación de su vivencia. Al contrario de María y Teresa, Antonia presenta una narración coherente y consistente, pudiendo esto ser indicativo del acceso a otros movilizados de su experiencia en medio de su entorno. Si bien esto es un signo positivo encontrado en el testimonio de Antonia, no deja de lado que su vivencia puede fluctuar hasta llevarla a momentos melancólicos y desesperanzadores:

A veces quiero otro trabajo, porque en ese me da mucho tiempo de pensar, y todos los días recuerdo algo... esa recordadera me mata...

Hasta este punto, se observa que la participación y el mantenimiento de vínculos comunitarios, si bien han significado para Antonia nexos posiblemente movilizados de su vivencia, no son destacables como “factores” que aseguren la salida del malestar, o la construcción de narrativas alternativas que apacigüen el sufrimiento vivido y recordado. A lo largo de sus testimonios, son múltiples las muertes nombradas por ellas; ya sean vecinos, primos o desconocidos de la comunidad. Los homicidios están siempre a la disposición del día para recordarles el sufrimiento al que, aparentemente, están condenadas.

Impunidad y re-traumatización

...me acuerdo una vez que faltando 15 días... no, faltando 1 día, faltaba un papel, y a mí no me habían dicho nada de ese papel, porque a todos ellos les habían pagado dinero... el comisario, el alguacil y... este... la juez me dice que había un papel que yo no había entregado y si no estaba el hombre salía libre... yo le dije: “¿qué papel es ese?” Era un papel del cementerio... yo le dije: “tranquila, yo se lo traigo”... y de ahí me fui pal’ cementerio no sé cómo... y llegué, y la única persona que estaba en el cementerio era la que me podía dar el papel... eso fue la mano de Dios que me ayudó. Yo le comenté a la mujer... y ella me dio el

papel sellado. Y de ahí me fui corriendo pal' tribunal, recuerdo que me bajaba de las camionetas sin pagar (se ríe) y cuando llegué al tribunal, el escribiente me pidió el papel, me cayeron encima: "señora, entréguenos el papel"... yo les dije muchas groserías porque tenía mucha rabia y seguí directo para donde la juez... le dije: "juez, aquí está el papel" (Teresa)

Hasta este punto del análisis se ha llamado la atención sobre un conjunto de consideraciones sociales y políticas, que impactan notablemente los fenómenos que acompañan las vidas de las madres participantes. Una de ellas ha sido el contexto de impunidad, el cual ha sido expuesto en escenas narradas que involucran asesinatos cometidos por funcionarios de las fuerzas de seguridad del Estado, asesinos no identificados y por ende no juzgados, la presencia de intimidación en el proceso de denuncia, etc.

En este sentido, se observa cómo desde las instituciones del Estado existe un comportamiento paradójico, que se observa en el hecho de que funge el rol de una figura que recrudece el trauma, en lugar de generar acciones que promuevan lo contrario, un acompañamiento y un apoyo institucional que brinde ayuda a estas madres. Es decir, el Estado no sólo interviene en la creación de condiciones para que hayan ocurrido los asesinatos de sus hijos, sino también tiene un papel crucial en el manejo deficiente de la situación problemática una vez ocurrida la pérdida.

Así, las madres no sólo se encuentran aisladas en lo vincular (tal como se mostró en el apartado anterior), sino que también su soledad se traduce en la inexistencia de instituciones, las cuales estén destinadas a prestar un servicio de ayuda acorde a sus necesidades particulares. La soledad de estas mujeres no sólo se encuentra en lo interpersonal y afectivo (en lo privado), sino que se expresa en la ausencia de lugares públicos destinados atender su malestar. A lo largo de sus narraciones, se muestra cómo sus intentos fallidos por buscar "soluciones" en lo público, terminan generando exactamente lo contrario: un acercamiento a un contexto intimidatorio, que fortalece la desconfianza en el otro, que coarta el establecimiento de una narrativa que permita dar cuenta de lo ocurrido, y que, en últimas instancias, las re-traumatiza.

Desde las diversas reflexiones propuestas por Herman (2004), observamos que la impunidad y la ineficiencia institucional interfieren en el proceso de restauración del trauma, debido a que se convierten en fenómenos que traban dos componentes esenciales de los cuales la sanación es dependiente, a saber: "en primer lugar, del reconocimiento público del acontecimiento traumático y, en segundo lugar, de algún tipo de acción comunitaria" (p. 121). En este sentido, y tal como se observa en las entrevistas y en el contexto político-social que nos compete, la significación de la pérdida de un hijo es una actividad en la cual no hay medios disponibles para facilitarla, no sólo a nivel individual, sino también en un plano cultural. Por lo cual, generar acciones y políticas dirigidas al manejo efectivo de estas circunstancias, representa un reto que debe ser asumido.

Identidad

Al aproximarnos a la vivencia de las madres entrevistadas, un aspecto resalta entre muchos otros, y es el hecho de estas mujeres son *madres*. Sin duda que esta cualidad específica conlleva roles y expectativas singulares. Reconociendo, además, el contexto en donde nos ubicamos, el cual según Moreno (2008), Hurtado (2003), Vethencourt (1974), Zubillaga (2005) lleva la particularidad de ser un *mundo de vida* que gira en torno a la madre. Con esto en mente, vale la pena preguntarse desde la posición de estas mujeres: ¿Qué significa ser madre, aún cuando mis hijos han sido asesinados?

La pregunta por la identidad, para una mujer que hace vida en el mundo popular venezolano, entendida desde los testimonios de las madres, necesariamente abarca la pregunta por la maternidad.

McAdams (2001) señala que la identidad hace referencia al discurso que una persona crea sobre sí misma, el cual es capaz de representar una configuración integrada y con sentido, que se compone de distintos aspectos (roles sociales, relaciones) y momentos de la vida de la persona, que pueden resultar en algunos sentidos incongruentes al intentar entenderlos de manera aislada.

Así, teniendo en cuenta el papel central del lenguaje, es necesario mencionar que “las operaciones de constitución de la propia identidad, por hacerlo lingüísticamente, comportan connotaciones y variaciones sociales (...) las representaciones de la propia identidad contienen, como todas las demás cosas, la marca de los procesos sociales que las generan” (Iñiguez, 2001; p. 213).

Este proceso de identidad consiste en integrar el *self* en el mundo adulto, esto se logra a través de dos sub-procesos, una integración sincrónica, compuesta de roles y conflictos del momento presente del sujeto, y una integración diacrónica, compuesta de elementos alineados y contradictorios de diferentes momentos de la vida de la persona; siendo unidos, dichos sub-procesos, en un todo organizado (McAdams, 2001).

La preponderancia de la postura narrativa, consiste en su noción de que el conocimiento de la identidad o de los elementos de la identidad de un sujeto no se da a través de un objeto unívoco, sino a través del conocimiento de elementos situacionales de los individuos, que pueden ser: contextuales, fantasiosos, ideacionales, biológicos y no-conscientes, destacando que esta composición estará mediada por el lenguaje y la situación específica en la que se produzca la narración (McAdams, 1993; McAdams, 2001).

Comprender la experiencia de sufrimiento de una mujer en una sociedad matricentrada, invita a cuestionar qué aspectos no se incluyen en una posible narración. En los testimonios, las madres no siempre dejan claros sus deseos personales; sus aspiraciones o sus sueños. ¿Optaron con plena convicción por ser madres?, ¿conocen otro modo de ver la vida fuera de dicha etiqueta? No encontraremos una respuesta certera para estos cuestionamientos, pero, tal y como destaca Walter (2010) asimilar una postura que opte por no obviar al género, no sólo entendido desde la feminidad, sino también la masculinidad, representa optar por discursos inclusivos que hagan visibles las pautas culturales que oprimen la realización de la vida personal.

En específico, al género femenino se le adjudican, culturalmente, la exclusividad sobre las emociones y su vivencia. Si bien esto se convierte en una norma cultural, el cuestionamiento no sólo va lo a la división de afectos, asumiendo a la mujer como poseedora de éstos, sino a la expresión de los mismos. Para la mujer, si bien está permitida la expresión de la afectividad y la emocionalidad, dicha expresión tiene que ser en el plano privado de la vida, es decir, en el encierro del hogar. Ahora bien, para el hombre, está permitido la expresividad de emociones, que pueden ser reparadoras (como la expresión de la rabia) en el ámbito comunitario. Esto crea una profunda desigualdad, ya que, para el sufrimiento de la mujer el medio de expresión posible debe ser encontrado desde casa, y esto en sí genera injusticia, debido a que lo que afecta a la mujer es un problema público, siendo un deber y responsabilidad primordial del Estado (Jadur, 2012). De lo expresado hasta este punto, se entiende que para la mujer será una dura carga la vida asumida desde una cultura que promueva estas prácticas y discursos.

¿Qué significa ser madre?

FRANCISCO SÁNCHEZ Y JOEL GUZMÁN

En la comunidad en la cual se llevaron a cabo las entrevistas, alrededor del año 2007 se instauraron Comisiones de Paz, y la red de personas que lograron oponerse a la violencia estaba constituida por mujeres del sector que eran madres de los jóvenes que en su momento fueron víctimas o victimarios del contexto violento. Tal como se muestra en lo expuesto por Zubillaga, Llorens y Souto (2014) “la madre” jugó un papel central en todo el proceso de negociación cuando los jóvenes del sector mencionaron “ellos no necesitan hablar con nosotros, ellos necesitan hablar con las viejas chismosas” (p. 163). En este sentido, nos planteamos la pregunta: ¿qué significa ser parte de ese grupo de “las viejas chismosas”? Acá se deja ver que estas señoras acceden a un espacio de relación distinto, donde se convierten en un referente a partir del cual los vínculos pasan a ser comunitarios.

Partiendo de la pregunta sobre lo que significa ser madre en la comunidad, podríamos indicar que, visto a través de los textos, ser madre en el mundo popular pasa a ser una condición³. Una muestra de ello lo podemos observar en el siguiente extracto del relato de María:

J: ¿Y usted se ve haciendo otra cosa que no sea ser madre? María: ¿Otra cosa como qué? J: Cualquier otra cosa... ¿usted puede decidir dejar de ser madre? María: ¿Ser madre y dedicarme a otras cosas? (RISAS) Yo a veces ha pensao', pero cuando no llega la una con un niño entonces llega la otra y digo: “Ay dios, yo nunca voy a salir de aquí”

Para comprender lo que implica la condición de ser madre, hay que aproximarse a la idealización cultural de la madre como figura que es benevolente con los otros y que no es sujeto de sufrimiento. Para estas mujeres, convertirse en madres desde temprana edad, parece ser el único referente al que tenían acceso. En concreto, en el caso de María y Antonia, ambas fueron madres adolescentes sin estudios completos.

Visto desde el mundo popular, se observa cómo estas madres no han podido tener acceso a otras configuraciones personales, las cuales les otorguen otros medios que le permitan significar de una manera diferente las relaciones y los vínculos de sus vidas. Dicho de otro modo, leemos a María:

Mira doctor... ay, yo digo, doctor, yo a veces me pongo a pensar y digo: “dios mío yo me arrepiento de no haber estudiao', no haber ha sido alguien en la vida pa' no estar viviendo todo esto”, yo a veces lo digo doctor, porque yo me hubiera puesto a estudiar y yo no estuviera así, porque con este me quedé fue pa' criar los muchachos y estar encerrada...

³ Entendiendo por Condición a una disposición humana generada a partir de la cultura. Relacionada con la noción antropológica de Arendt (1958/2009) según la cual una condición, en su caso entendida desde el análisis de la condición humana, va a girar en torno a tres elementos: la disposición biológica [labor] una realización de actos humanos no-naturales [trabajo] y una disposición a la relación con los otros [acción]. Con esto, se asume una comprensión del individuo no solo desde la biología, sino también desde la interacción producida entre los discursos culturales y las disposiciones personales a relacionarse con el mundo.

Madre significa, desde los testimonios, una reducción del marco narrativo-discursivo. Esto genera una limitación en el acceso a otras posiciones a partir de las cuales puedan re-significar sus vidas y encontrar otras narrativas personales. Las madres parecieran quedar ancladas en un evento concreto (el parto del hijo), y a partir de allí, su vida quedará referenciada a dicho evento como único hito constitutivo de su propia narrativa. En los casos de la presente investigación, el hito se ve modificado, ya no será solamente el parto, sino también la pérdida de dicho hijo lo que construirá la narrativa personal.

Este aspecto mencionado anteriormente permite quebrar la idealización en torno a la madre popular. Esta imposibilidad de narrarse como un sujeto capaz de desenvolverse en otros roles genera malestar. Es en este hecho de estar ancladas sin otros recursos narrativos, sin otra posición más allá de lo que es ser madre, donde confluyen las diversas presiones que desde el género y lo social les son impuestas a estas mujeres. No narrarse implica la imposibilidad de interpretarse de otras maneras, involucra un empobrecimiento personal que les es impuesto y que las sobrepasa. Resulta entonces, comprendiendo sus narrativas, una reducción de posibilidades.

Conclusión

El presente trabajo tuvo una aproximación a los testimonios desde la visión de las *víctimas secundarias* de la violencia. En este sentido, Huggins (2006) invita a voltear la mirada sobre aquellas personas que, aunque no se vean afectadas directamente por la violencia, también padecen consecuencias secundarias que merecen ser visibilizadas, debido a la alta prevalencia en el contexto ya mencionado.

La aproximación a las madres se dio también desde una postura narrativa. Dicha perspectiva supone el acercamiento a los elementos subjetivos de la experiencia personal, destacando ante todo el rol que juega la búsqueda de sentido y la coherencia en las narrativas que se generan a partir de dichas vivencias. En este sentido, los fenómenos a entender en el presente estudio, están integrados por aspectos que trascienden lo netamente intra-psíquico, y se hallan mediados por la cultura, el contexto y los escenarios políticos y sociales en donde se desenvuelve la persona. Por lo cual, se consideró idóneo la adopción de una postura teórica y metodológica sensible a todos estos elementos (Croosley, 2000; Herrero y Neimeyer, 2007; Herman, 2004; McAdams, 2001; Martín-Baró, 2003).

Las categorías obtenidas en el análisis temático realizado se agruparon en: duelo, trauma e identidad.

En cuanto al duelo, se pudo evidenciar que dicho fenómeno, en la vivencia de las madres entrevistadas, se manifestó de tal manera que no se logró abarcar en los parámetros temporales propuestos por los manuales y posturas dominantes (DSM-V, 2013; Kübler-Ross, 1972/1993; Bowlby, 1989). De igual manera, lo observado no obedece a la noción de los procesos personales enmarcados en una lógica del progreso, en la cual, las madres deben avanzar aceleradamente para salir de tal “etapa oscura”, y se encuentra mediado por la búsqueda de sentido y un contexto que representa una traba para lograr un mínimo de sanación.

Así, el duelo de las madres entrevistadas se presentó como una herida siempre abierta, sin posibilidad de cerrarse. Igualmente, la prevalencia extendida en el tiempo, de dicho fenómeno, mantiene a las madres oscilando entre la esperanza de superarlo y la desesperanza de no encontrar una salida al malestar. En este sentido, estos hallazgos se relacionan con lo expuesto por Neimeyer, et al., (2009), quienes destacan que la búsqueda de sentido será un movilizador que dirige a la persona hacia una posible salida del sufrimiento. De la misma manera, lo encontrado en cuanto al duelo, halla un sustento en lo expuesto por Freud (1917/1994) cuando expone que el duelo será una

vivencia que se mantendrá siempre presente en la persona, en función de la naturaleza de la pérdida del objeto amado.

En lo referido al trauma, resaltan los siguientes hallazgos: en primer lugar, la experiencia de las madres entrevistadas se puede encontrar en lo expuesto por Herman (2004) con relación al “trauma crónico”. En este sentido, la experiencia traumática de estas madres se ve traducida en una vida anclada, en un devenir constante de los eventos que desencadenaron la herida, propiciando esto el componente dialéctico (constrictivo-intrusivo) entre la expresión y no-expresión de lo vivido.

Tal como se mencionó, la aproximación narrativa nos permitió el acceso a elementos contextuales que matizan los fenómenos de estudio. Esta premisa se pudo constatar al observar el rol que juega la impunidad, en la prevalencia del duelo y el trauma como fenómenos en la vida de las madres narradoras. Entendiendo así, que el contexto de violencia venezolano va de la mano con la impunidad que desde el Estado se genera, y ésta, traerá consigo que el duelo cuente con menos posibilidades de elaboración, y que el trauma se recrudezca ante cada injusticia percibida (Martín-Baró, 2003; ODHAG, 2012).

En referencia a la identidad, nuestros hallazgos se enmarcan en las concepciones teóricas que colocan a la madre como figura central de la familia popular venezolana (Moreno, 2008; Hurtado, 2003; Vethencourt, 1974). En relación con esto, se pudo evidenciar que las definiciones que ellas hacen de sí mismas parten de esta concepción (matricentralidad), donde el rol de madre pasa a ser una condición que involucra elementos esperados por la cultura, así como también una manera particular de vincularse, y la confluencia de discursos de género y de un contexto de exclusión social. En la presente investigación, pudimos constatar que esta condición supone un límite en las posibilidades de establecer narrativas alternativas, en las cuales estas mujeres pudieran encontrar espacios para entender su vida, desde otras posiciones que no se restrinjan a la maternidad.

Así, se puede entender que la identidad como proceso de constante conformación (McAdams, 2001), va a involucrar aspectos que se derivan exclusivamente del contexto particular que viven las personas (Llorens, 2013). En este sentido, un aporte crucial de la presente investigación resulta de reafirmar la relevancia de la comprensión de los discursos culturales, de los eventos históricos, de los desastres naturales, de los contextos sociales, y de las políticas padecidas, como un requisito primordial y necesario ante cualquier indagación de un determinado fenómeno de estudio. Esto cobra más relevancia, en una disciplina como la psicología, que tradicionalmente se ha enfocado en concebir sus objetos de estudio desde una perspectiva individual, obviando todo lo mencionado anteriormente (Parker, 2000; Parker, 2007).

Referencias bibliográficas

- Antillano, A; Zubillaga, V. (2014) La conexión drogas ilícitas violencia. Una revisión de la literatura y consideraciones a la luz de la experiencia venezolana. *Espacio Abierto* 23(1), 129-148. Maracaibo, Venezuela.
- American Psychiatric Association. (1995). Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. (4ta ed.). Barcelona, España: Masson S. A.
- Arendt, H. (2005) La condición humana (5ta ed.). Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2013) Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM-V. (1ra ed.). Arlington, Estados Unidos de América. Asociación Americana de Psiquiatría.
- Beristain, C. M. y Donà, G. (1997). Enfoque Psicosocial de la Ayuda Humanitaria: textos básicos (1era ed). Bilbao, España: Universidad de Deusto.
- Bowlby, J. (1989). Una base segura: Aplicaciones clínicas de una teoría de apego. Buenos Aires, Argentina: Paidós
- Briceño-León, R. (2012). Tres fases de la violencia homicida en Venezuela. *Ciência & Saúde Coletiva*, 12(17), 3233-3242. Disponible en: <http://www.redalyc.org/pdf/630/63024424008.pdf>.
- Briceño-León, R. y Zubillaga, V. (2001) Dimensiones y construcciones de la violencia en América Latina. *Acta científica venezolana* 52. 170-177.
- CECODAP. (2016). Año 2016, somos noticia: un panorama sobre las diferentes formas de violencia contra niños, niñas y adolescentes. Caracas, Venezuela: Ediciones El Papagayo.
- Crossley, M. (2000). Introducing narrative psychology: self, trauma, and the construction of meaning (1era ed). Buckingham, Inglaterra: Open University Press.
- Freud, S. (1993). Duelo y melancolía. Obras completas. Tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gil-Juliá, B., Bellver, A. y Ballester, R. (2008). Duelo: evaluación, diagnóstico y tratamiento. *Psicooncología*, 5(1), 103-116. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/PSIC/article/viewFile/PSIC0808130103A/15522>.
- Herman, J. (2004). Trauma y Recuperación: cómo superar las consecuencias de la violencia. Madrid, España: Pozuelo de Alarcón.
- Herrero, O. y Neimeyer, R.A. (2007). Duelo, pérdida y reconstrucción narrativa: Estudio de un caso. En L. Botella (Ed.), Construcciones, narrativas y relaciones: Aportaciones constructivistas y construccionistas a la psicoterapia. Barcelona, España: Edebé.
- Huggins, M. (2006). La violencia más allá de lo visible. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 26(11), 113-136. Disponible en: <http://www.scielo.org/ve/img/fbpe/rvem/v11n26/pdf/art07.pdf>.

- Hurtado, S. (2003). La participación discordante en la familia y los niveles de transformación simbólica. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 9(1), 61-83. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17709105>.
- Iñiguez, L. (2001). Identidad: de lo personal a lo social. Un recorrido conceptual. En E. Crespo (Ed.), *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-225). Madrid, España: Catarata.
- IPC (2010) Memoria de la Impunidad en Antioquia: lo que la justicia no quiso ver frente al paramilitarismo. <http://www.ipc.org.co/portal/images/stories/pdfs/Memoria%20de%20la%20impunidad%20en%20Antioquia.pdf>. Revisado el mes de Marzo de 2011.
- Jacinto, A., Barros, M. y Pelloso, S. (2008). La muerte de un hijo joven en circunstancias violentas: comprendiendo la vivencia de la madre. *Revista Latino-de Enfermagem*, 16(13). Disponible en: http://www.scielo.br/pdf/rlae/v16n3/es_02.pdf. violencia (3era ed). Barcelona, España: Espasa Galpe, S. A.
- Jadur, S. (2012) Escuchando el dolor, género, comunidad y cultura. *Revista de Psicología Clínica Comunitaria*, 10, 72-86.
- Kübler-Ross, E. (1993). *Sobre la muerte y los moribundos* (4ta ed.). Barcelona, España: Grijalbo.126
- Lykes, M., Beristain, C. y Cabrera, M. (2007) Political violence, impunity, and emotional climate in maya communities. *Journal of Social Issues*, 63(2), 369-385.
- Llorens, M. (2013). Arte, adolescencia e identidad. En Goyo, G. y Mujica M. F. (Eds), *La belleza propia: arte, adolescencia e identidad* (pp. 28-39). Caracas, Venezuela: Fundación Empresas Polar.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia* (1era ed.). Madrid, España: Trotta.
- McAdams, D. (1993). *The stories we live by: personal myths and the making of self* (1era ed.). Nueva York, Estados Unidos de América: The Guilford Press.
- McAdams, D. (2001). The psychology of life stories. *Review Of General Psychology*, 5(2), 100-122.
- Moreno, A. (2006). Superar la exclusión, conquistar la equidad: reformas, políticas y capacidades en el ámbito social. *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 6, 11-30.
- Moreno, A. (2008). *El aro y la trama: episteme, modernidad y pueblo*. (2da ed.). Florida, Estados Unidos de América: ConviviumPress.
- Moreno, A. (2015, Marzo 3a). Impunidad fatal. *El Nacional*. Recuperado de http://www.el-nacional.com/s-s_alejandro_moreno/Impunidad-fatal_0_584341677.html
- Moreno, A., Campos, A., Rodríguez, W. y Pérez, M. (2009). *Y salimos a matar gente: investigación sobre el delincuente venezolano violento de origen popular*. (1era ed.). Caracas, Venezuela: Centro de investigaciones populares.

- Neimeyer, R. (2006). Bereavement and the quest for meaning: rewriting stories of loss and grief. *Hellenic Journal of Psychology*, 3, 181-188.
- Neimeyer, R., Herrero, O. y Botella, L. (2006). Chaos to coherence: psychotherapeutic integration of traumatic loss. *Journal of Constructivist Psychology*, 19, 127-145.
- Neimeyer, R., Burke, L., Mackay, M. y Van Dyke, J. (2009). *Grief therapy and the reconstruction of meaning: from principles to practice*. Springer Science+Business Media.
- ODHAG. (2012). *Violencia en Guatemala: Una interpretación sobre el aumento de la violencia delincriminal y el trauma psicosocial*. Ciudad de Guatemala, Guatemala: Oficina de derechos humanos del arzobispado de Guatemala.
- OVV. (2011). *Violación al derecho a la vida en Venezuela*. <http://lib.ohchr.org/HRBodies/UPR/Documents/session12/VE/OVV-LACSO-ObservatorioViolenciaLaboratorioCienciasSociales-spa.pdf>. Revisado en el mes de marzo del 2011
- OVV. (2016). 2016: OVV estima 28.479 muertes violentas en Venezuela. <http://observatoriodeviolencia.org.ve/2016-ovv-estima-28-479-muertes-violentas-en-venezuela/>. Revisado el día 28 de diciembre de 2016.
- Parker, I. (2000). Humanismo y subjetividad en psicología. *Revista AVEPSO*, 22(1), 85-106. Disponible en: <http://www.discourseunit.com/>.
- Romero, A. y Rujano, R. (2007) Impunidad, anomia y cultura de la muerte. Los linchamientos en Venezuela. *Estudios sobre Estado y Sociedad*, 39, 139-160. Disponible en: <http://www.plataformademocratica.org/Publicacoes/17143.pdf>
- Vethencourt, J. (1974): La estructura familiar atípica y el fracaso histórico-cultural en Venezuela. *Revista SIC* 326, 67-69. Disponible en: http://gumilla.org/biblioteca/bases/biblo/texto/SIC1974362_67-69.pdf
- Vethencourt, J. (2009) *Criminología, violencia y delincuencia*. Heterotopía, 41, 77-173.
- Yoffe, L. (2013). Nuevas concepciones sobre los duelos por pérdida de seres queridos. *Avances en Psicología*, 21(2), 129-153.
- Zubillaga, V. (2005). La carrera moral del hombre de respeto y armas. Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas. *Revista de Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 5, 13-54.
- Zubillaga, V., Llorens, M. y Souto, J., *Chismosas and Alcahuetas: Being the mother of an empistolado within the everyday armed violence of a Caracas barrio*. En: J. Auyero, P. Bourgois, y N. Scheper-Hughes (Eds). *Violence at the Urban Margins*. Nueva York, Estados Unidos de América: Oxford University Press